

identificar el holocausto judío (germen de la crisis en Castel) con el holocausto final de la humanidad en manos del progreso. Sábato es pesimista asimismo en cuanto a la condición del hombre moderno, del hombre medio, que ha perdido su identidad, su conciencia de la realidad profunda: en este sentido está muy cerca del concepto del superhombre que recoge de Schopenhauer y de Nietzsche; cita, así, a Schopenhauer: «El utilísimo tener siempre vivo en el alma el desprecio que merecen los hombres en general y para ello conviene meditar constantemente sobre su insuficiencia intelectual y sobre su baja moral» (*Heterodoxia*, p. 122); el hombre medio «es el pilar del nacionalismo, reemplaza su insignificancia con las glorias del país» (página 103) y cree que una de las ventajas de la democracia es que ayuda a «lograr que el más feroz de los animales haga el menor de los daños posibles» (p. 125).

El destino del hombre medio es el de la peligrosa mediocridad; el del hombre superior (en el sentido del hombre que se adentra en los misterios de la realidad profunda), sea éste loco, criminal o artista, es el de la trágica dualidad difícilmente reconciliable: pero en su búsqueda está su grandeza. Una lectura «positivista» de Sábato da, irremediablemente, a un escritor reaccionario; pero una lectura positivista es de por sí una lectura reaccionaria. Debería matizar, a propósito del hombre superior, que Sábato no presenta a personajes únicos, sino a personajes excepcionales en el sentido de que están dispuestos a pagar el precio más alto para proteger su individualidad, para sumergirse en ella: todo ser humano tiene acceso a esta superioridad. El principio evangélico de amar al prójimo como a uno mismo no es un principio reaccionario, porque significa que es imprescindible conocerse a sí mismo antes de conocer y darse a los demás. En *El laberinto de la soledad* Octavio Paz no es reaccionario: nos propone quitarnos las máscaras, desnudarnos, conocernos a nosotros mismos para llegar al «otro», al origen, a la comunidad. El ser humano no llegará nunca al centro del laberinto: como Sísifo, su condición es la de caminar hacia el laberinto, buscar: en este recorrido está su grandeza y su tragedia.

En este recorrido está la grandeza y la tragedia de Juan Pablo Castel, el personaje central de *El túnel*. Cuando, en *Abaddón...*, Sábato dice que «en ese libro no penetraba a fondo en el continente prohibido» (p. 22), no quiere decir (y si lo dice, posiblemente se equivoca) que este personaje es inferior y únicamente el principio de una evolución que llevará, en su desarrollo, a Martín, a Bruno o al propio Sábato; quiere decir preci-

samente lo que dice: que no llega a penetrar en el mundo subterráneo y oscuro que conocemos en el «Informe sobre ciegos», que no llega a la ceguera de Fernando, etc. Y aun esto es relativo: sería más preciso decir que no se nos describe este mundo subterráneo que nosotros sólo vemos (y ni siquiera vemos bien) en la escena de la ventana. Pero Castel *ha* pintado esta escena, ha expresado una crisis y, en su búsqueda del absoluto, ha llegado a la soledad y a la locura. Castel no ha recorrido un itinerario más corto, sino que al lector se le ha ocultado este itinerario. Al lector puede pasarle desapercibido que Castel sea, como en efecto es, un loco y que no esté en la cárcel, sino en un manicomio, pese a que las referencias a su locura son infinitas. Algunas pistas las podemos encontrar en *Abaddón...* A propósito de Castel y Alejandra, Agustina los define ante Sábado como «esos personajes absolutos» (p. 62), estableciendo así una relación entre los dos personajes; y ante el rostro de la estatua de mirada abstracta, como de ciega, Fernando «se quedó absorto, pensando. Castel y la venganza de la Secta. En cuanto lo comprendió, Fernando quedó aterrado, y decidió poner océanos por medio (...). También él quería rehuir su destino, pero esa fuerza equívoca le obligaba a hundirse cada día más en lo mismo que deseaba rehuir» (pp. 320-321). *También él*, como Castel, quiere rehuir su destino, su sed de absoluto; tampoco él puede rehuirlo: *El túnel* finaliza con Castel en el manicomio y, por lo tanto, su relato del crimen y de los motivos que le llevaron a matar a María Iribarne están escritos *desde* la locura. No vemos que haya en él ningún cambio de actitud que nos permita considerarlo como «sano» (es decir, como capaz de adaptarse a la realidad convencional): «En estos meses de encierro he intentado muchas veces razonar la última palabra del ciego, la palabra *insensato*» (p. 137): Castel sigue en su obsesión indagadora (él llama «razonamiento» a la búsqueda y a la hipótesis). Añade: «al menos puedo pintar, aunque sospecho que los médicos se ríen a mis espaldas, como sospecho que se rieron durante el proceso cuando mencioné la escena de la ventana. Sólo existió un ser que entendía mi pintura. Mientras tanto, estos cuadros deben de confirmarlos cada vez más en su estúpido punto de vista. Y los muros de este infierno serán, así, cada día más herméticos» (página 137). Castel sigue pintando, sigue buscando el absoluto con una arrogancia demoníaca y en un lenguaje hermético que no pertenece al de la realidad inmediata. Años más tarde Bruno encontrará a un hombre moreno y escuálido delante de una copa, y piensa: «Ese hombre está absoluta y definitivamente solo»; lo ve luego caminando como distraído: «era evidente que no iba a ninguna parte, que nadie lo esperaba, que todo le era igual», y piensa que «o es un criminal

o es un artista» y, cuando en el archivo que tiene en su casa reconoce a Castel: «El absoluto, pensó entonces Bruno Bassán, con apacible y melancólica envidia» (*Abaddón...*, pp. 167-168).

EDICIONES CONSULTADAS.

El túnel. Biblioteca Universal Formentor, Seix Barral, Barcelona, 1981, 4.ª edición.

Sobre héroes y tumbas. Biblioteca Universal Formentor, Seix Barral, Barcelona, 1981, 2.ª edición.

Abaddón el exterminador. Biblioteca Breve, Seix Barral, Barcelona, 1979.

El escritor y sus fantasmas. Biblioteca Breve, Seix Barral, Barcelona, 1981, 2.ª edición.

Heterodoxia. Emecé, Buenos Aires, 1970.

Apologías y rechazos. Biblioteca Breve, Seix Barral, Barcelona, 1981, 4.ª edición.

JUAN ANTONIO MASOLIVER

116 Fordwych Road
London NW2 3NL
INGLATERRA